

Homilias

HOMILÍA DE MONS. IGNACIO NOGUER CARMONA MISA DE APERTURA DEL CENTENARIO DEL NACIMIENTO DEL BEATO JOSEMARÍA ESCRIVÁ DE BALAGUER

Huelva, 9 de enero de 2002

La bondad del Señor se derrama abundantemente desde el principio sobre los suyos. Acabáis de oír la lectura de la palabra de Dios, en la que se nos revela la bondad y la cercanía del Señor con los suyos. Desde el principio, el Señor se mueve por el amor, cuando decide crear al hombre como culmen de su obra, con la certeza de que regala al hombre lo mejor que Él tiene: la participación de su propia vida, de ese hálito de vida que el Señor proyectó sobre el rostro de Adán. Todo un símbolo de la cercanía de Dios, que ama a su criatura. Dios le hace partícipe de su misma libertad, le hace un ser increíble. Se volcó sobre él con amor infinito.

El hombre acepta aquella realidad, y es feliz. Tiene que dominar el mundo, con la fuerza de haber sido constituido cumbre de esa creación. Pero el hombre no fue fiel. El Señor le dio la libertad de optar por Él, que tanto lo amaba, o de creerse dios, dueño de sí, sabedor del bien y del mal, sin darse cuenta que en esa soberbia estaba su propia condenación. Lo colocó en el jardín del Edén y el hombre se equivocó. Pero, desde el primer momento, el amor de Dios no cejó en su empeño amoroso. Desde el primer momento, el Señor le promete la salvación, quiere abrir camino a la esperanza, quiere darle la certeza de que puede ser feliz y de que puede vivir en paz con Dios y con los hermanos.

En la segunda lectura de la liturgia de hoy, el Señor se desborda de nuevo en amor al hombre y le da su Espíritu, un espíritu que fortalece su debilidad, un espíritu que lo hace capaz de entrar en el corazón del mismo Dios, y le abre la esperanza de que él podrá ser de nuevo hijo de Dios. Eso se cumple en el hombre, porque el Hijo de Dios ha querido hacerse hombre como nosotros para echar a sus espaldas la culpa, partir hacia el Padre en su muerte y volver a nosotros en su resurrección con el amor del Padre de nuevo conseguido. El Espíritu del Señor ha hecho la maravilla del reencuentro, gracias a Cristo, el Hijo de Dios, que, naciendo de María, ha muerto y ha resucitado.

Ese Espíritu renueva el movimiento de la bondad de Dios en el mundo, y quiere que todos los hombres puedan disfrutar de ella. El bautismo nos hace hermanos, porque nos hace hijos del mismo Padre, Dios. El bautismo derrocha de nuevo sobre nosotros el amor de Dios en el Espíritu Santo. El bautismo engendra

en nosotros una nueva vida, llena del amor de Dios. En la vida del hombre, una vez recibido el don del Espíritu, no habrá más vida que la de Dios. Todo lo que él haga, todo lo que piense, todo lo que mueva, estará lleno del Espíritu de salvación del Señor, y, por tanto, estará lleno de santidad. El bautismo renueva desde su raíz esa naturaleza dañada –no irreversiblemente– por el pecado, y hace posible que el hombre pueda ser sacerdote en Cristo y con Cristo, desde su vida y con su vida, desde su obra y con su obra, haciéndose, al mismo tiempo que santo, apóstol de la verdad y del amor de Dios. La vida del hombre se convierte de nuevo en salud, en alegría. La vida del hombre se convierte en Vida con mayúscula.

Aunque esto es doctrina del Iglesia desde el principio, los hombres llegaron a pensar que, para santificarse, para que el amor de Dios llegara a ellos con la fuerza necesaria, tenían que consagrarse de una forma especial y distinta. Pero la gracia del Señor no deja de suscitar en medio de su pueblo personas que ahonden en la verdad, que la pongan de nuevo de manifiesto, que traigan la alegría al mundo, que muestren como posible y verdadero el que la santidad se adquiriera por razón del propio bautismo, en cualquier situación de vida por la que pueda optarse; y que esa urgencia de traer la alegría, la fraternidad y el amor de Dios a los hombres es propia del bautizado, sea o no especialmente consagrado al Señor, porque ya el bautismo es una consagración explícita y definitiva.

Hay que dar gracias a Dios por haber suscitado a un hombre que ha sido capaz de poner de nuevo sobre el primer plano de la conciencia de sus hermanos esa realidad admirable, recordando algo que está inserto en su corazón desde el bautismo y que tiene que hacerle una vida feliz y una vida fructuosa. Los santos tienen esta cualidad, y el beato Josemaría Escrivá al nacer, fue sellado con el sello de Dios para hacer ver a los hombres lo que él vive intensamente: que, desde el bautismo, el hombre, sea religioso o no lo sea, sea laico o sea sacerdote, tiene en sí mismo la semilla de la santidad, y que Dios pone al hombre en el mundo para que viva vida divina en cada una de sus facetas, como lo más natural del mundo, con intensidad, con razón y con vida. Dios pone al hombre en el mundo para sea santo en todo aquello que haga, porque, por el bautismo, es sacerdote con un sacerdocio santificante, unido al de Cristo. Por tanto un hombre, una mujer, haciendo bien lo que tiene que hacer en el mundo está llenándose de Dios, fortaleciéndose con la gracia, llenando su alma del Espíritu Santo, proyectando su vida hacia fuera para ser testimonio vivo entre los hombres.

Por eso damos gracias a Dios, hoy: porque el Señor señaló con su dedo a un hombre que recordó estas cosas, y porque, gracias a ese recuerdo, miles de personas en el mundo saben que por ese camino serán santificados y alcanzarán la plenitud en el amor de Dios; saben que, en cualquier cosa que hagan, tienen la fuerza de Dios para su propia santificación y para la salvación de los hombres.

Todo adquiere entonces una fuerza singular: todo lo que hace el hombre tiene la fuerza del Espíritu y está cargado de mérito. El hombre, haciendo lo que tiene que hacer y haciéndolo de verdad y haciéndolo en el Espíritu, se convierte en santo. Ésa es la gran revelación del beato Josemaría Escrivá, que nos quita de nuevo el velo y nos hace recordar que todo cristiano está llamado a la salvación y a la santidad; que, desde la creación del mundo, en la mente de Dios –como nos ha dicho la segunda lectura–, está llamado por Dios a unirse íntimamente con Él, a vivir su vida ya desde este mundo, y a servir de instrumento de salvación para sus hermanos.

La vida del beato Josemaría, en su niñez, de puro natural puede parecer anodina. De pura familia cristiana de verdad, parece de lo más normal, porque lo era. Quizás por eso, él desde niño tuvo conciencia de que, lo que tenía que hacer, tenía que hacerlo bien, porque era la voluntad de Dios y en ello estaba su propia santificación. Así se desarrolla su vida, con toda normalidad, pero con enorme fruto. Se va cuajando así, desde la llamada con el dedo de Dios, el santo en la vida ordinaria, que es la vida de todos los hombres, sea cual sea su estado sea cual sea su situación. La vida ordinaria es eso que hacemos cada día desde que nos levantamos hasta que nos levantamos de nuevo al día siguiente: esa es la vida ordinaria y esa es la santidad.

Este es el primer milagro y el gran milagro del padre Escrivá: descubrir para él y para los demás el valor infinito, en Cristo salvador, de la vida de todos los hombres. “La vida ordinaria puede ser santa y llena de Dios. El Señor nos llama a santificar la tarea corriente” –dice él–, porque ahí está la perfección cristiana, es decir, la santidad. Ése es el gran descubrimiento que hace de nuevo el beato Escrivá. La vida corriente: esa es la vida nueva que Cristo nos ha traído. “La santidad grande está en cumplir el pequeño deber de cada momento”, como dice Escrivá: en cumplir los deberes pequeños en cada instante, en la vida común de cada uno, en la relación con los demás. Son los dos aspectos que el beato Escrivá cuida especialmente en su propia vida, y son los dos aspectos que cultiva especialmente en los suyos. El aspecto interior, el conseguir que la vida sea rica en los detalles, porque son conscientemente vividos, y el aspecto exterior, que la vida sea agradable a los demás, porque, en la misma convivencia, se ofrece esa posibilidad de encuentro.

Hay una persona que ha conocido muchísimo y muy íntimamente al beato Josemaría Escrivá, y a esa persona yo la conocí también muy íntimamente; fue para mí, además de mi Obispo, un padre y fue sobre todo un gran amigo: me refiero al cardenal Bueno Monreal. Leyendo lo que el cardenal dice de Josemaría Escrivá, lo oigo con sus propias palabras y su propio tono de su voz, lo oigo como dicho por una persona que no dice las cosas para que se escriban bellamente en un libro, sino que las relata porque él las ha vivido.

Yo recuerdo haber visto una vez al beato Josemaría Escrivá con el cardenal Bueno Monreal en el arzobispado de Sevilla. Eran amigos desde hacía muchos años, como ustedes bien saben. El cardenal Bueno, refiriéndose a esa doble faceta del beato Josemaría, relata lo que él oía al beato Josemaría, que “a los laicos correspondía llevar el sentido cristiano de la vida a todo tipo de actividades humanas, desempeñando todo bajo su personal responsabilidad, sin servirse de la Iglesia, sino sirviendo a la Iglesia”. Es curioso comprobar que el cardenal, que vivió el Concilio Vaticano II en primera persona, se da cuenta de cómo el beato Josemaría fue un profeta de cara a lo que el Concilio diría después sobre los laicos, y cómo él ya lo estaba promoviendo en el mundo; y cómo, sin duda, aquellas palabras suyas tuvieron su influencia en el mismo Concilio Vaticano II para poner a los laicos en su lugar, sirviendo a la Iglesia, no sirviéndose de la Iglesia, y, así, sirviendo al mundo.

La santidad del laico en medio del mundo. El beato Josémaría hace ver a los fieles, a sus hijos, que comprometerán su vida en el empeño de buscar la santidad, hombres y mujeres de toda edad y condición, desde los intelectuales a los trabajadores manuales, de forma que nadie se sienta excluido de esta llamada a la santidad y al apostolado, sea cual sea su edad, su condición, su posición social, su trabajo. Por eso piensa Escrivá que es necesario llevar esta buena noticia a todos los estamentos de la sociedad. Hace falta renovar el mundo, y el mundo se renueva a través de los cristianos que viven profundamente su fe, que son consecuentes con su fe y son conscientes de que esa coherencia de su fe les va creando delante de Dios esa aureola de la santidad, que no se ve pero que tienen los santos.

El padre Escrivá –dice el Cardenal– quería que los que le siguieran fueran sencillos, con una naturalidad que les llevara a santificarse en lo suyo, en su oficio, en el ejercicio de su trabajo, sin buscar aplausos, por amor a Dios, que está de continuo junto a nosotros. Esto era lo que el cardenal Bueno le oía decir a Monseñor Escrivá. Decidme si esto no es todo un programa de vida para cualquier persona, sea cual sea su situación.

Por eso él no quería sino que lo dejaran trabajar como sacerdote. De nuevo aquí apunta lo mismo. El sacerdote tiene que ser sacerdote y trabajar como sacerdote, porque ahí está su santificación: en su acción sacerdotal, en el apostolado, en la misión encomendada por la Iglesia, en el ejercicio de nuestro ministerio. Él lo sabía y sólo quería que le dejaran ser sacerdote. Donde quiera que estuvo, siempre fue obediente a la Iglesia y siempre siguió de verdad la llamada de Dios a la santidad en su vida ordinaria de sacerdote. Por eso tenía tanta autoridad cuando decía: “este es el camino de la santidad: hacer la vida agradable a los demás, cuidar la educación por los demás, el buen trato, los más mínimos detalles”. Relato lo que el cardenal recuerda del beato Josemaría: cuidaba los más

mínimos detalles; sonreía siempre; sabía que, cuando que estaba con alguien, esa persona se daba cuenta de que lo estaba escuchando y lo estaba queriendo; y, todo esto, como no podía ser de otra forma, como expresión de la caridad.

Queridos hermanos, nacer es algo que, a veces, se considera en nuestra sociedad como intrascendente. Sin embargo, el nacer da a una persona unas posibilidades de vida que entrañan dentro de sí todo un programa de Dios. Hoy, que está tan cuestionada la vida desde el primer momento, tendríamos que gritar con fuerza que el hombre tiene derecho a vivir desde que es concebido, no sólo porque lo dice la Iglesia, sino porque toda persona tiene dentro de sí unas potencialidades que solamente se pueden conocer y desarrollar en la vida, y eso sólo es posible si se le permite vivir. El beato Josemaría vivió la familia como punto central de su formación. Por eso proclamó siempre que la familia es fuente de gracia para los hijos, iglesia domestica en la que se puedan formar hombres y mujeres que den al mundo, a la Iglesia y la sociedad mucho que pensar, mucho que decir y mucho que hacer. Ojalá que todos los hombres tengan la posibilidad de nacer para hacer el bien, y dejar en el mundo una huella como la que pudo marcar con su vida el beato Josemaría, cuyo centenario conmemoramos.